REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4	San José de Costa Rica, Lunes 17 de Abril de 1922	No. 4

EL GRITO

Por GABRIELA MISTRAL

América, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechúa-español, el araucano-español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua, para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo: Cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como *la otra*, manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América Española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él *hace*, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

1922.—Santiago de Chile.

(*Revista de Revistas*, México, D. F.)

NOTA.—Insinúa el Editor del REPERTORIO a los señores maestros, la posibilidad de que los mayorcitos de las escuelas, se aprendan esta justa y magnífica invocación a la confraternidad hispano-americana.

¡Jóvenes, veréis cosas grandes!

Testamento espiritual del Cardenal Gibbons

Cuando penetré—dice el reporter—en el aposento, estaba el Cardenal sentado en un sillón de forma antigua, pero confortable, con un libro en la mano. Era el mismo aposento sencillo, casi austero, donde él ha escrito tanto y escuchado los problemas, los planes, las esperanzas y preocupaciones de tantos visitantes de toda clase. El sol penetraba por la ancha ventana iluminando su cabellera gris, sus facciones aristocráticas y dando un tono más vivo a su bicoca roja. Lucía sus años sin tener el aspecto de un anciano; se le daría 60 ó 65 años, tal vez 70, pero 86!! ¿Quién, viéndolo por primera vez, podría suponer que tenía 86 años el que se mostraba tan alerta y con tan vivo y juvenil interés por el mundo y sus asuntos?

Cuando entré se levantó y extendió su mano. No es tan alto como yo imaginaba por sus fotografías: un hombre delgado, de estatura media, tal vez, menos; con una mirada penetrante y un espíritu que va derecho al fondo de las cosas.

—He estado enfermo,—dijo sonriendo,—muy resfriado, y he tenido que restringir mis compromisos. Pero su editor me escribe que esta entrevista será leída por millones, incluso a lo menos un millón y medio de jóvenes. ¿Quién podría negarse a tanta juventud, a tanta potencia e influencia futuras?

Su mirada aguda se fijó en mí.

—Usted es joven también; me gustan los jóvenes.

—Noto—contesté—que su Secretario y acompañantes son todos jóvenes.

—En eso está parte del secreto para defenderse de los años,—repuso él con una sonrisa que le prestó a su fisonomía un viso de juventud.

—Cuando un hombre empieza a mirar atrás es un anciano; yo nunca miro atrás. Usted recuerda que la mujer de Lot miró para atrás y fué destruída; mirar para atrás es siempre destrucción, el principio del fin. Después de pasar el término medio de la vida, uno debe rodearse de los que tienen todavía una perspectiva de largos años.

El Cardenal se había vuelto un tanto, hasta recibir el sol en sus facciones nobles.

—Hasta los cuarenta años busqué siempre la sociedad de personas mayores,—siguió diciendo;—desde entonces mantengo un contacto vital con los que son menores. Es una buena regla de conducta; hasta mi reciente enfermedad, solía pasear de 5 a 6, y, ¿a quiénes elegía por compañeros? A estudiantes del Seminario. Ellos me hablaban de sus esperanzas, de sus ambiciones y de sus planes. Y ¿sabe usted lo que les digo? Yo les digo: jóvenes, alentad grandes esperanzas; colocad vuestras esperanzas en Dios, en el prójimo y en vosotros mismos; colocadlas en América, porque el porvenir está lleno de grandes oportunidades, mayores que las que ofreció ninguna época anterior. Pero sólo las aprovecharán a su tiempo los que tienen el valor y la previsión de esperarlas.

Hablaba muy ligero, sin tropiezo ni buscar palabras. Era la voz de un hombre que juzgaba la vida buena, a pesar de las confesiones de miserias y fracasos confiados a sus oídos; de un hombre cuya mirada se conserva fija en adelante.

—No vaya a hablarle de la muerte,—me había advertido el Secretario.—Se mantiene más joven de espíritu que cualquiera de nosotros; se me ocurre que le gustaría seguir viviendo unos cien años más.

—Me preguntan algunos si el mundo va mejorando,—continuó diciendo Su Eminencia;—me admira que esa cuestión pueda suscitarse por personas que piensan las cosas. Muchos males subsisten todavía, la guerra, la pobreza, las enfermedades, los desengaños; pero piense usted por un instante en los adelantos que han tenido lugar en los años que yo he vivido. En la época en que empezaba el desarrollo de mis actividades en la vida, millones de seres humanos de este país estaban sujetos a la esclavitud. Era una institución social reconocida, tan poco discutida casi como la costumbre de poseer cualquier otra clase de propiedad.

Calló un instante. Bien se echaba de ver que el tema tocaba heridas largo tiempo cerradas, pero sensibles todavía a la punzada del recuerdo.

—Nunca se me olvidará un viaje que hice cuando niño, por el Mississippi, desde New Orleans a esta ciudad. Venía en el vapor un negro joven con su esposa, que habían tratado de escapar, y eran reconducidos a su amo, bajo guardia. Conversé con el mozo, y me dijo que, una vez llegados a la plantación, no solamente los apalearían, sino que, seguramente, en castigo de su escapada, serían los dos vendidos a distintos dueños, separados como animales, probablemente para no volverse a ver las caras en esta vida... Y esto, por amar la libertad, por haberse dejado arrastrar por la natural pasión del hombre, de ser libre.

Ahí tiene Ud. lo que era la esclavitud, la institución que ahora está desterrada para siempre de América, como de casi todos los países del mundo. ¿No es esto solo un gran adelanto, realizado verdaderamente en esta generación?

Y aparte de ése, han contemplado en el mundo otros inmensos progresos en el último siglo. Del analfabetismo, el universo entero ha pasado al alfabetismo, en este período: fíjese que antes, el saber leer y escribir era privilegio de lo que hoy llamamos gente educada; en los primeros años del siglo diez y nueve, era muy raro el trabajador que sabía firmar. Hoy no hay un país civilizado en que todo niño y niña no tengan la oportunidad de aprender. Y las reservas del pensamiento humano, los libros están abiertos de par en par para ricos y pobres.

He ahí una mejora portentosa; pero estamos de tal manera habituados a presenciarla, que no nos damos cuenta de su importancia. El analfabetismo está hoy día prácticamente tan abolido como la esclavitud.

Otra cosa que he visto disminuir poco a poco en el mundo es la intolerancia, que va siendo reemplazada cada vez más por la solidaridad y por la mutua inteligencia. ¿Ha oído nombrar usted alguna vez los tubos de sangre?

Yo confesé que la frase era nueva para mí, y él sonrió.

—Pues era algo demasiado conocido en los tiempos en que empecé a ejercer mi ministerio. Era en los tiempos en que la intolerancia y el sectarismo llegaban hasta el odio del extranjero, y hasta existir aquí, en Estados Unidos, un partido que hacía de él un programa.

Los tubos de sangre eran unas tripas llenas de sangre de buey, que algunos desalmados empleaban en las elecciones para marcar a los que no pensaban como ellos. Muy honroso, para un país consagrado a la amplia libertad política y religiosa.

Hoy han desaparecido los tubos de sangre; va desapareciendo el sectarismo, y año tras año, hombres y nacionalidades comprenden mejor su solidaridad.

Pocas cosas podrían señalarse de tanto valor para la juventud como el hábito de contemplar cualquier cuestión desde el punto de vista de los demás hombres, de reservar el juicio, y de mantenerse parco en criticar.

Usted tiene presente la parábola del buen samaritano. Yendo de camino, encontró un hombre a quien veía por primera vez, un extraño, un hombre de distinta raza y opuesta creencia; pero este hombre estaba en desgracia; sin vínculos de raza ni de fe, el samaritano se detuvo y auxilió al caído. ¿Se imagina usted por un instante que esa buena acción no fructificó para él en ciento por uno? ¿No cree usted que la noticia de ella se extendió y que decía la gente: «Con un hombre como ese conviene tener trato y negocios»?

Claro está que él no ejecutó su bondad con ninguna mira interesada, pero la buena voluntad es el más poderoso factor en los negocios humanos, nadie puede medir su poder, ni menos predecir en qué momento va a hacerse sentir su influencia.

Diga en mi nombre a nuestra juventud: Sed tolerantes; olvidad los prejuicios que os separan de los demás hombres, y tened siempre ante la mente los fuertes lazos que a todos nos unen, como hijos de Dios que hacemos juntos la misma peregrinación. Y, seguramente, la recompensa será proporcionada a vuestro trabajo.

Una y otra vez he visto hombres que no tenían otro fin en la vida que acaparar para ellos cuanto podían, y los he visto al fin caer confundidos y despojados. No pueden ellos comprender por qué, después de tantos esfuerzos, les han aventajado otros hombres que aparentemente descuidaban sus intereses personales, pero que, a lo largo de su vida, iban sirviendo a otros, sembrando bondad. Ellos no saben que los que así desinteresadamente sirven a los demás, reciben sin saberlo la ayuda constante del bien querer de sus prójimos, y que Dios, a cuya mirada no se escapa ni la caída de una hoja, no deja nunca un acto de abnegación, o un servicio sin pagar.

Esto que ahora le estoy diciendo, tiene más sabor a religión que a negocio; pero la verdad es que no hay

---

Yo seguiré la huella...

Yo seguiré la huella de tu paso
y te daré, hacia tu bien atento,
si de cerca, el amparo de mi brazo,
si de lejos, el de mi pensamiento.

Quiero tener oculto en el ribazo
de tu senda un sutil encantamiento
que conjure los males del acaso
y te dé mis sonrisas en el viento.

Yo velaré tu sueño cuando mueras,
con un hondo dolor en las ojeras
y el corazón, de padecer, deshecho,

erguido en cruz sobre la triste huesa,
con tu nombre grabado en la pavesa
de la losa doliente de mi pecho.

ASDRÚBAL VILLALOBOS

(Envío del autor).

éxito en los negocios que no sea verdaderamente un éxito espiritual. Los hombres no son simples cuerpos con sus apetitos y necesidades: antes son almas, y la empresa que se levanta tomando como cimientos las grandes leyes del altruísmo y de la tolerancia y de la bondad, se hace de cimientos perdurables. Diga esto en mi nombre a nuestra juventud, y dígales que es el mensaje de un hombre que ha tenido ocasión de tratar con hombres de negocios afortunados, durante muchos, muchísimos años.

Pregunté a Su Eminencia qué cualidades señalaría él especialmente como esenciales para el éxito. Era lógico que su primera insinuación se refiriera a la salud; y lo que dijo tiene un valor más grande a causa del caso personal del Cardenal.

Cuando muchacho era fanático del atletismo, y ostenta en una mano una cicatriz de herida recibida en el cricket. En el foot-ball era jugador notable, a pesar de su constitución débil. Si hubiera sido más robusto, es problable que hubiera muerto hace tiempo, lo que parece paradoja, pero es efectivo. Acostumbra decir que debe su larga vida a la desgracia de la mala digestión.

Cuando era estudiante en Santa María, él y uno de los profesores, el Padre Dissez, eran considerados tan débiles, que se dudaba de que pudieran vivir algunos años. Pero esta misma falta de fuerzas les obligó a velar, con severa vigilancia, por su salud, y particularmente el Cardenal Gibbons debía luchar con una miseria estomacal tan grande que hubo de fijarse como una máxima inquebrantable el limitar su comida a un bocadillo, y de obligarse a hacer un paseo a pie todos los días, de cinco a seis, sin fallar nunca, lo mismo que el retirarse a las nueve.

Entre sus compañeros de estudios había verdaderos atletas, grandes muchachos que prometían vivir mucho más que él, y casi sin excepción han desaparecido ya todos. Mientras que el Padre Dissez alcanzó a celebrar sus bodas de oro sacerdotales, y en cuanto al Cardenal Gibbons, el día de mi visita se había levantado a las seis de la mañana y lo encontré realizando el trabajo de un hombre en todo el vigor de la vida.

«El mejor seguro de vida,—ha dicho un médico notable, —es hacerse de una buena enfermedad incurable en la juventud». Y el caso de Su Eminencia prueba bien a las claras que los que tienen poca robustez al principiar y tratan de conservarla comiendo moderadamente, durmiendo mucho, y con ejercicio moderado, viven casi siempre más que los que consideran sus fuerzas como una reserva inagotable.

—Sin trabajo,—prosiguió Su Eminencia,—no hay talento ni influencias que valgan. Me admira el modo de pensar de algunos jóvenes modernos; consideran el éxito como un amo complaciente, liberal con sus más preciados dones y poco exigente en cambio. ¿Qué dirían si pudieran ver el programa de un día cualquiera de aquellos que envidian? Teodoro Roosevelt, que fué mi amigo por tantos años, ha dejado una correspondencia que representa por sí sola más trabajo que el suficiente para llenar toda una vida activa; y eso no era sino una pequeña parte de sus actividades. Con la altura a que se sube se alarga la jornada de trabajo. El joven que tenga un dejo de pereza haría bien en resignarse desde un principio a lo que le ha de tocar: una vida mediocre. Sin un gran esfuerzo prolongado no subirá muy alto y aunque la suerte lo levante no quedará en esa altura porque más cuesta mantenerse en una situación elevada que alcanzarla. Un jefe no se atiene a las horas de oficina. Para conseguir algo importante, además del trabajo, hay que mencionar la paciencia. ¡Oh, impaciencia de la juventud! ¡Qué fuerza de arrastre hay en ella y qué causa permanente de ansiedad e infelicidad! Es únicamente cuando envejecemos que nos apercibimos de que nada grande y significativo se hace en un día. La juventud emplaza sus esperanzas dentro de una semana, un mes, un año. El hombre maduro, tal vez en diez años; pero sólo los que han vivido mucho comprenden la lentitud con que se opera cualquier cambio importante. ¡Qué corta es la visión de Historia que tenemos aún los más sabios! ¿Hasta dónde alcanza? Algo así como unos seis mil años y más allá se extienden los miles y millones de años durante los cuales el Altísimo ha estado modelando el Universo, lentamente, tan lentamente, en conformidad a sus planes.

No conocí a Abraham Lincoln; murió pocos años después que yo empecé mi vida activa; una sola vez contemplé sus facciones y eso fué en sus funerales. Pero nunca he olvidado la impresión que como joven recibí de su extraordinaria paciencia. ¡Cuán largo tiempo esperó el desarrollo de los acontecimientos! Yo decía a los jóvenes: estudiad a Lincoln, aprended a dominar la impaciencia; contad con la contradicción y el desengaño como parte integrante del programa de la vida, como material de que se forma el carácter y la humanidad. No imaginéis haber perdido vuestros esfuerzos por no haber alcanzado vuestro objeto inmediatamente. No se pierde nunca un trabajo honrado, de algún modo encuentra colocación en la eterna trama del Altísimo que va preparando un mundo mejor, más feliz, más bondadoso. Los hijos de Aquél a cuyos ojos mil años son como un día, no tienen más deber sino el obrar honradamente, entregando el resultado a la confianza y fe en El.

En tercer lugar mencionaría la economía como una condición esencial del éxito; sé que eso es trivial; sí, muy trivial, muy viejo y, sin embargo, por más a menudo que se repita, el mundo de los que lo toman a pecho es muy escaso. Me acuerdo de la campaña que hicimos con la Lotería de Luisiana. Por fin pudimos barrer de América ese mal que todo lo iba invadiendo; pero lo que no destruímos fué el espíritu que había hecho posible la Lotería y que hoy día, como en el pasado lejano, sigue su obra destructora en el corazón y en los asuntos humanos.

¿Qué es lo que causa esos periódicos abatimientos de los negocios, tal como el que presenciamos? Por supuesto que se deben al concurso de varios elementos; pero seguramente uno de los más importantes es la avidez, el afán humano de extenderse, de abarcar mucho, de alcanzar una posición que les permita vivir sin trabajar.

Eso va contra la ley natural. Una de las características más llamativas del Universo es la economía divina. ¿Se ha detenido Ud. a pensar en ello? No se desperdicia ni una hoja seca; ella contribuye al próximo retoño que brota del terreno enriquecido; la menor gota de agua es utilizada incesantemente; el río la lleva al mar, de donde el sol la levanta para dejarla caer de nuevo sobre arboledas y prados. La ley de Dios es ley de economía y nadie contraviene a esa ley en asuntos personales o de negocios sin pagar su pecado. He visto millonarios, cuyas riquezas parecían ilimitadas, empobrecer de golpe en un período de crisis; su existencia había sido demasiado dispendiosa, su avidez desproporcionada con sus alcances. Y he

visto gente comparativamente pobre, que había guardado plata, aprovechar esas crisis para hacer inversiones sin comprometerse con gravámenes onerosos. No desperdiciéis, la naturaleza no desperdicia. Tomad en cuenta los años malos que han de venir, así como la naturaleza los toma en cuenta y los compensa con los años de abundancia. Año tras año continuad el esfuerzo diario, como la naturaleza cuenta con la perpetua e invariable procesión de las Estaciones. En eso y no en la suerte ni en los ricos frutos de la especulación, está el verdadero secreto del éxito.

Hablamos después de libros, y manifestó la fuente inagotable de goce que se encuentra en el trato íntimo con los sabios, los ingenios y los pensadores de todas las edades, encarnados en sus escritos, y la lástima que causa pensar cuán pocos son los que se acercan a esa fuente. Agregó que de joven había leído extensamente las obras de los grandes maestros ingleses—Addison, Jonhson, Goldsmith, Moore y los demás—y que no podía negar que habían influído profundamente en dotarlo de un estilo fácil y preciso.

—Grande cosa es—dijo—para un joven saber expresarse por escrito con sencillez y energía. Esto ayuda de un modo indescriptible a pensar con precisión. Nadie puede escribir de modo que convenza, si no tiene ideas claras. No hay razón que justifique a un hombre de negocios que se exprese en lenguaje tosco e incorrecto. Los maestros del idioma están listos para enseñárselo. No tiene más que ir a la librería más cercana y adueñarse de ellos.

En sus años últimos, se ha complacido especialmente en la lectura de la Historia, y más que todo en la Historia de América. En los últimos meses, ha estado leyendo la vida de John Marshall, en cuatro tomos, y las nuevas biografías de Jefferson, Jackson y otros leaders americanos.

—He conocido a todos los Presidentes, desde Abraham Lincoln, y la transmisión del mando a Mr. Harding, agregará uno más a la larga lista de mis amigos que han ocupado la Casa Blanca. No todos los Presidentes han estado dotados de las mismas condiciones; pero, ¿se ha detenido Ud. alguna vez a pensar cuán magnífico testimonio es en favor de la Democracia el hecho de que no hemos tenido nunca de Presidente, un solo hombre malo, o débil, o incompetente?

Ese es uno de los motivos porque digo: ¡Juventud, espera de América cosas muy grandes! Porque, cualesquiera que puedan ser los períodos de acción y reacción, el rumbo de América es recto y ascencional. El pueblo merece depositar en él la confianza, y no llegará muy lejos en una democracia el hombre que no tenga fe en ella.

Aproveché una pausa para interrogarlo sobre la situación actual en el mundo de los negocios.

—Ha sido un período de prueba para todos, Eminencia; sobre todo, me parece, para los jóvenes.

—Lo sé muy bien—contestó tranquilamente—esa es una de las razones por qué me alegré de verlo llegar precisamente en estos tiempos; tal vez un tercio de vuestros lectores son tan jóvenes que no habrán visto nunca un período de depresión en los negocios. Los ha sorprendido, ha golpeado su imaginación con la misma fuerza que le sucedía al primer hombre ante el espectáculo de la puesta del sol. ¿Se lo imagina a Ud. expiando al sol que va desapareciendo, sintiendo el frío y la obscuridad que aumenta y sin la experiencia que enseña, con la mañana, que el calor y la luz volverán de nuevo?

Así es la juventud; pero nosotros, los viejos, hemos visto tantas veces ponerse y salir el sol! Hemos visto tanto de lo que se llama pánicos. Me acuerdo muy bien los días de prueba que fueron consecutivos a la Guerra Civil, las semanas dolorosas del 73 y tantas otras circunstancias. Sin embargo, volvió el péndulo al extremo opuesto; vino otra vez la prosperidad y los hombres aleccionados por sus desastres se encontraron mejor preparados para hacer sano y desprendido uso de sus prosperidades.

El Señor prueba al que ama. Dura es para la juventud la enseñanza de ese versículo de la Biblia; ¡sí, muy dura! Pero nosotros, los viejos, sabemos su significado. Es por un acto de amor que el Padre impone la adversidad, y no por castigo. No se presta la naturaleza humana a la tensión de una prosperidad sin alternativas. Ni los individuos, ni las naciones son todavía bastante perfectos para resistir el debilitamiento de la fibra moral que resulta inevitablemente de la riqueza fácilmente adquirida. Se olvidan los hombres de las enseñanzas sencillas de su niñez; demasiado a menudo olvidan las obligaciones del hogar, de la abnegación y de la religión. Que venga un contratiempo y desaparecen las fáciles ganancias de los días prósperos y, una vez más, aprendemos cuán inestable es la riqueza. ¡Qué base tan miserable ofrece para hacer descansar en ella la vida! Otra vez volvemos a nuestro hogar, a la vida sencilla, a las ideas claras, a nuestras iglesias, a Dios. Así sucede cuando brilla el sol de tiempos mejores, concretamos nuestra actividad a la vida sencilla, sabemos mejor cómo conviene vivir.

El verano, el invierno, la primavera y el otoño, son cada una parte del Eterno plan. Las penalidades del Invierno son tan necesarias como el calor y confort del Verano, en el gran Mecanismo Divino, para la formación de la humanidad, de esa humanidad de carácter y de ideales, que es la que más necesita el mundo; jóvenes como aquel que rezaba de rodillas en el dormitorio de Rugby, indiferente a las burlas de sus condiscípulos; hombres aferrados a la verdad, a la virtud, a los pensamientos elevados, tanto en la prosperidad como en la adversidad. Tales hombres no son el producto de la sola bonanza; necesitan pasar por el molde que les da consistencia: adversidad, desengaños, dificultades. Aquellos pierden ánimo en tiempos como los presentes, pues necesitan como niños de la vida regalona. Pero los de buen temperamento se alegran porque saben que los caracteres de más valer se forman en la prueba de la adversidad.

—¿Ese es el mensaje de Pascua a los hombres de negocios, Eminencia?—le pregunté, porque yo le había dicho que este artículo sería publicado en el *Magazine* para Pascua. Pareció recogerse y su voz tomó un tono más grave, más amplio, como si contemplara la gran congregación de los que habían de leer después sus palabras.

—Ese es el mensaje de Pascua—replicó—Ud., me habla de la depresión y descorazonamiento reinantes. ¿Se imagina Ud. cuál sería la depresión y el desengaño de los que seguían al Maestro en la vida dolorosa del Calvario, la semana que precedió a esa primera Pascua? ¡Piense Ud. en la terrible destrucción de sus esperanzas! El domin-

Oro del aire

WASHINGTON.—El Gobierno de los Estados Unidos en la Oficina de Ensayos de Nueva York, trata de obtener el oro que hay en el aire, de acuerdo con una declaración del Director de la Casa de Moneda. Se hacen allí ensayos de un nuevo procedimiento por medio del cual, el aire, polvo y humo que escapan del oro que se funde y que llevan mínimas partículas del precioso metal, pueden ser refinados de tal modo que no se pierda nada de oro.

Según declaración, se hacen buenos progresos en los ensayos, y es de pensar que del nuevo procedimiento resultará una considerable economía para el Gobierno, en tanto que la extensión del método a plantas comerciales, hará posible la utilización de todo el oro empleado en la industria.

(The Foreing Press Service, Inc, New York).

go Jesús había hecho su entrada en Jerusalén, en medio de la multitud que gritaba Hosanna y sembraba la calzada con sus mantos a su paso; era Rey de la ciudad en ese día, nada era bastante bueno para El; nada parecía imposible para los corazones llenos de esperanza y entusiasmo de los que habían seguido sus pasos y, el viernes, solamente cinco días después, lo ven salir de la ciudad por ese camino de amarguras que lo condena a la agonía final en la Cruz, entre dos ladrones. ¿Cuáles serían los sufrimientos de los que le siguieron? ¿Qué observador humano pudo imaginar que de ese pequeño grupo, con el corazón partido de dolor y perseguidos por la burla despreciativa, saldría un mensaje, un Evangelio que iba a conquistar el mundo? ¿No parecía locura el no creer que se había asistido al final de un incidente? Y sin embargo no era el fin sino el principio. De la tumba de sus esperanzas se levantó una Gloria mayor que se transformó y cuyos conquistas sobrepasaron toda espectativa.

Ese es el mensaje de Pascua, el mensaje de la eterna Fe. En la hora más obscura, la losa del abatimiento es levantada, surge la Gloria y únicamente dejan de tomar parte, en el esplendor de la Resurrección, aquellos cuyas esperanzas han muerto, mártires de sus dudas.

Dije al empezar: «Jóvenes, alentad grandes esperanzas», y lo vuelvo a decir al concluir. He vivido casi tres veces más que la edad media de vuestros lectores. He observado la marcha ascendente de los que han tenido éxito; he visto algunos centenares, y digo que de todos los elementos esenciales para obtener éxito, el más importante es la Fe. Los que dejan caer los brazos a la primera nevazón, no alcanzarán a aprovechar el sol de Primavera. Nada de importancia le toca al que no tiene, en los días sombríos, el ánimo de alentar sus esperanzas, contando consigo mismo, con sus prójimos, con América, y con Dios.

(Tomado del *Pacífico Magazine*, Santiago de Chile).

ANTOLOGIA BREVE

Por EMILIA BERNAL

[La distinguida poetisa cubana Emilia Bernal, nos remite para el REPERTORIO la antología con que se deleitarán nuestros lectores; la leyó hace poco en el Ateneo de Comagüey, su ciudad natal, en la velada con que la obsequiaron sus amigos y admiradores.

Emilia Bernal vive en Nueva York: 201 W. 105th Str. Ap. 5. New York City, U. S. A.]

SEÑORAS y señores (Mejor dicho, amigos): Jamás he hilvanado palabras que decir en público. Esto de la oratoria me parece algo demasiado fuerte para mi espíritu que se solaza en ser débilmente femenino en todas sus manifestaciones; pero es necesario que ahora mi remisa lengua diga a ustedes lo que puede sintetizarse en la elocuencia de una sola frase: ¡Muchas gracias!

Muchas gracias por la dulce noche, que en medio de las amargas, me hace gozar tan querida gente reunida en torno mío.

Ajena, como es mi alma a toda vanidad, no digo que me satisface ni me enorgullece, ni me exalta el interés con que ustedes me obsequian en esta hora; sino que me hace feliz.

Y esto, porque perennemente he llevado en mi espíritu como una lámpara encendida, el deseo de ser cada vez mejor; de libertarme, en lo posible, de mis grandes y humanos defectos de carácter, de ser sencilla y buena como el agua del mismo manantial; diáfana como la luz misma; serena como el lago quieto; todo por mí y para mí, por mi pueblo y para mi pueblo por una necesidad de altura rayana en el hambre y la sed, en cuanto hace a mi vida, y un anhelo de comprensión y acercamiento por lo que se refiere a los otros.

Y ahora parece llegado el tiempo en que se realice el ensueño de mis largos años de espera durante los cuales se ajustaba un alejamiento sin motivos.

Si alguna fruta debe ser grata al paladar del hambriento de cosas buenas, es esta de la justicia; si alguna agua debe calmar la sed del peregrino, cansado, es esta del cariño. Y yo, viandante que no hallaba posada donde yantar y donde apaciblemente dormir, ahora pernocto a la sombra de esta amable tienda. ¡Loado sea Dios, al fin!

. . . .

Sirvan de pretexto para hacer la velada amena, antes del sueño benigno, los versos que daré, como quien se confiesa al rescoldo del hogar, rodeado de todos, los abuelos y sus nietos, los hijos, los hermanos, los amigos, los viejos que me vieron nacer, los camaradas de la juventud y del trabajo. La familia y los íntimos. Después... a dormir todos... y a soñar el peregrino...

MADRIGALES

El lema de mi vida pudiera llamarse este madrigal.

¿Que no puedes ajustar el destino a tu [intento?...
¡Podrá más el timón en las naves,
las alas en las aves,
que en ti la voluntad y el pensamiento!

Este otro, una chispa de luz de estrella, que saltó en mi espíritu.

Me amas solamente a distancia,
En el miraje de la lejanía.
¡Es porque tengo el alma de celaje!
¡Es porque tienes alma de poesía!

Este, condensa la sensación de mi inutilidad para las cosas graves. Yo soy una cigarra enamorada de lo azul. Sólo por la fuerza del destino entro en las cavernas grises.

Hay fuga, cobardía, mimetismo,
en todo lo que flota y lo que sube,
y me pesa mi suerte de ser nube
que no me deja entrar en el abismo.

La sugestión de lo inevitable, me hizo escribir esta rima.

¡Has de venir a mí contra tu intento,
y he de ir a ti, no obstante mi albedrío,
como el suspiro al viento,
como a la mar el río!

Luego, el recuerdo de alguien amable, siempre flotando sobre el alma, ya serena, ya en rebeldía, me arrancó este símbolo.

EL MADRIGAL DEL RECUERDO

Es un lago el alma mía,
tu recuerdo un cisne. El lago
a veces riza las olas levemente,
jugueteando con la blancura del cisne
que ríe, suspira y canta.

———

Es un lago el alma mía,
tu recuerdo un cisne. El lago
a veces rómpese en olas
de tempestad, y en sus aguas
el cisne de tu recuerdo
siempre boga, siempre canta,
sobre las tremendas olas,
con ternura abriendo el ala.

Finalmente, al epílogo de un gran fracaso, escribí el madrigal de la herida.

EL MADRIGAL DE LA HERIDA

Debo de estar herida
de la vida
en el fondo.
Lo creo, porque cuando
los suspiros volando
desde lo hondo
cruzan por mi garganta
la boca se me llena
de gusto a sangre. ¡Pena
santa
de mi herida
escondida,
abierta con la daga
de lo imprevisto,
revienta a ras del pecho
como la llaga
del costado derecho
de Jesucristo,
y acábese mi vida
en un suspiro, suavemente,
mientras que floreciente
a la albura del pecho,
mi corazón deshecho
emerja entre los bordes sangrientos de la [herida!

Topacio son versos del Excelentísimo señor don Luis Guimaräes, que siendo Ministro de su nación en la Habana, me los dió, de su libro en portugués, *Piedras Preciosas*, para que yo los tradujese. Son versos muy celebrados, pero no son míos.

TOPACIO

(De Guimaraes)

De tu escote en las blondas oculto resplan- [dece
un topacio de Oriente: blanca hermana del [lirio!
y como está suspenso de tu collar, parece
que llevas en el pecho la rubia estrella Sirio.

Vislumbro en todas partes su resplandor artístico...
en los campos de trigo y las tierras de espa- [tos,
y de noche, luciendo fosforescente y místico
en la pupila sútil de pensativos gatos.

Los pistilos del lirio y estambres de la ané- [mona
dorados son... son de oro los tesoros cauca- [sios,
y el cabello flotante y rubio de Desdémona
era una torrencial cascada de topacios.

Con topacios ardientes la monja contristada
borda el altar de Dios donde las almas velan,
de topacios vestida despierta la alborada,
las abejas al sol topacios son que vuelan...

Topacio tiene el cielo de la tarde que muere,
los colibrís alegres en sus plumajes lacios,
y los amantes tristes que el desengaño hiere
dentro del corazón deben tener topacios!

Guarda tu joya egregia de luminar prolijo
rival de la del rico cetro del Gran Mogol...
¡El topacio, oh Divina, es hermoso hijo
de una gota de miel y de un rayo de sol!

La balada cuenta lo que le pasó a una niña, (ahora mujer), muy conocida de ustedes. Toda es cierta, menos la última parte, porque ella vive.

BALADA

(La pena oculta)

«¡A la boda! ¡La niña se casa esta noche!»
cantaban del pueblo los claros violines.
La madre era muerta,
Le pusieron un traje de luto
y un velo muy blanco prendido en el pelo [con unos jazmines.

Cuando apenas se había casado
la gente del pueblo, muy bajo, decía
que en las noches, el hombre pegaba
cruelmente a la niña.

Yo la he visto después triste y pálida
como un peregrino,
con la herrada de penas al hombro
bajar a la fuente que está en el camino.

«¡Al entierro! ¡La niña se ha muerto esta [noche!»
sollozan del pueblo los claros violines,
mientras ella en su caja mortuoria
qué linda sonríe!

Lo otro, lo que sigue, es lo que ella hubiera querido ser, cuando ya no era posible.

SI YO FUERA UNA NOVIA...

Si yo fuera una novia, me vestiría
como viste las novias mi fantasía:
con un traje muy blanco de fino encaje,
corto, gracioso, alegre, sería mi traje,
y un amplio velo
que desde la cabeza rodara al suelo.
Flotando, sin horquillas, sin alfileres,
como jamás lo lleven otras mujeres.
Radiante en ese velo me envolvería
y entre sus níveos pliegues juguetearía.
No me prendiera flores artificiales;
sino las vivas rosas de los rosales.
¡Rosas y rosas,
y en mis manos de novia rosas dichosas!
Rosas y rosas y en mis labios las rosas de la [alegría!
. . . .
¡Si yo fuera una novia!... Como reiría!...

(Concluirá en la próxima entrega)

DE GINEBRA A WASHINGTON

La exclusión de los pueblos hispánicos

Por RAMIRO DE MAEZTU

Va a concluirse la Conferencia de Washington, después de alcanzar un éxito que, no por lo mucho que nos pese, hemos de negarnos a reconocer que ha superado las generales esperanzas. Lo que no habían conseguido las dos Conferencias de La Haya, ni había osado intentar siquiera la Liga de Naciones, en Ginebra, lo ha alcanzado, y con pequeño esfuerzo, el presidente Mr. Harding. Es verdad que se trata del soberano más poderoso de la tierra. El hecho es que los armamentos navales van a ser reducidos.

¿Pero nos damos cuenta de lo que entraña el tránsito de los métodos de Ginebra a los de Washington? No meramente a nuestros ojos, sino a los de la Historia Universal, lo característico de la Conferencia de Washington habrá sido la exclusión de los pueblos de lengua española, a pesar de que están más interesados en los problemas del Pacífico que los de ninguna otra raza, porque fué España la nación descubridora del mayor de los mares, y porque éste baña las costas de Méjico, Guatemala, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Filipinas, y casi las de Honduras, Venezuela y Argentina.

Sólo los estadistas norteamericanos conocen a ciencia cierta la razón exacta de esta exclusión de los pueblos hispánicos. En la Conferencia de Ginebra de hace un año me confesó uno de los más influyentes periodistas norteamericanos que la razón de que los Estados Unidos no quisieran asociarse a la Liga de Naciones es que no querían verse obligados a dar cuenta de sus actos a los pueblos hispano-americanos en caso de que se vieran en la necesidad de emprender con urgencia una acción militar en Méjico.

Mr. Wells preconizaba, días pasados, el método de Washington sobre el de Ginebra con un argumento que viene también a ser una explicación. Decía así:

«Y el organismo regulador de la paz, desarrollándose de un modo natural, lo constituirán únicamente las naciones voluntarias y eficientes del mundo. No habrá inclusiones prematuras, ni prematura admisión de países

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	$ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

incompetentes y débiles. El sistema, preconizado por muchos, de dar a cada Estado soberano, por insignificante o decrépito que sea, un voto—un voto bien saneado y negociable—en la dirección de los asuntos mundiales, no informará esta evolución. La Asociación de Naciones será una hermandad, cada día mayor, de pueblos fuertes, sanos y comprensivos, unidos solamente por los vínculos del altruismo y de la mutua limitación respecto a los pueblos más débiles de la tierra.»

En Ginebra se reunían todos los pueblos, fuertes o débiles. En Washington, en cambio, sólo los fuertes o aquellos que, como Holanda, tienen la virtud de ser agradables a los fuertes. Los pueblos hispánicos no participamos de esta gracia. Mr. Wells indica después que son las ideas liberales lo que da su privilegio a los pueblos de lengua inglesa. Pero aquí ya no podemos seguir al intrépido filósofo de la historia moderna. Todavía en los tiempos del presidente Mr. Wilson podía creerse en una asociación de pueblos liberales y libres, porque la grandilocuente palabra suya hallaba eco hasta en el corazón de los incrédulos cuando decía, por ejemplo:

«Sólo los pueblos libres mantienen firme su propósito e incólume su honor para el propósito común, y prefieren los intereses del género humano a los estrechos intereses privados.»

Pueblos libres son los de la América española. El Japón es, en cambio, la única autocracia que ha sobrevivido a la guerra europea. El Japón estaba representado en Washington. No lo estaban los pueblos libres de la América Española. No es, pues, el grado de libertad lo que decide la capacidad de los pueblos para tomar parte en las deliberaciones sobre asuntos mundiales, que organiza el sucesor de Mr. Wilson. Lo que decide de la capacidad deliberante, son, por lo visto, los acorazados y los submarinos. No se consulta la opinión de los pueblos hispánicos sobre los problemas del mar que los baña, porque no se les estima lo bastante fuertes.

No somos lo bastante fuertes para que se nos conceda voz y voto en los temas mundiales, y somos, sin embargo, cien millones de hombres. ¡Cien millones de hombres! ¡Y no podrían moverse las industrias, ni vivir las muchedumbres de los países industriales sin las materias y los víveres que nosotros les enviamos! Tenemos la fuerza potencial. ¿Qué necesitamos para actualizarla?

Días pasados, al oir la palabra fervorosa del señor Coll, presidente de la Cámara de Representantes de Puerto Rico, se me ocurría, como a todo el mundo, que bastaría la fe en nosotros mismos para que la energía de la raza se hiciese obvia y presente al mundo entero. Digo como a todo el mundo, porque, aunque he oído criticar al señor Coll porque exponía hechos tan sorprendentes como la supresión de los juegos de azar y del alcoholismo, la inversión de la mitad del Presupuesto portorriqueño en instrucción pública, y la imposición de elevadísimo impuesto de utilidades, sin documentar sus afirmaciones de tal forma que las pudieran comprobar los estudiosos—crítica que hago presente al señor Coll, porque me inclino a creer que podrá refutarla abrumadoramente,—esa misma crítica entraña la convicción de que si nos persuadiéramos de que el pueblo portorriqueño había sido capaz de corregir sus vicios para salvar su espíritu y su idioma, no habría hazaña en el mundo de que los españoles no nos sintiésemos capaces.

Es, en el fondo, el mismo argumento que me hacía un amigo mío hablando del proyecto de embalse de Reinosa: «No se hará, no se hará, porque si viéramos que nuestro trabajo convertía en lago el páramo de la Virga, y que se regularizaban los caudales estivales del Ebro, no habría obra de que no nos sintiésemos capaces.»

No hay que estar tan seguro de que el optimismo sea siempre la fuente de la acción. El hombre que se tumba a la bartola está quizás contento de sí mismo y convencido de que hace lo mejor y de que es el más listo de los mortales. Hay hombres que, en efecto, sólo se mueven por confianza en sí mismos. Hay otros, y no son los peores, que sólo actúan por horror a su constante propensión a la pereza.

No es cosa fácil decidir si lo que necesitamos es más confianza o más desconfianza en nosotros mismos. Pero lo seguro es que la dispersión de los pueblos hispánicos es lo que origina nuestra debilidad internacional. Y hay que insistir en ello, porque aunque todos los pueblos hispánicos hemos sentido alguna vez el dolor de no ser más fuertes para que se nos respetase mejor nuestro derecho, esta es la vez primera en que el mundo hace sentir a todos los pueblos de nuestra habla que no seremos nadie mientras no encontremos la manera de unirnos.

(*El Sol.* Madrid).

Junta de Extensión Cultural Española

Correos: Ap. 1910

CIRCULAR

San José, C. R., 1º de abril de 1922.

Señor don J. García Monge

S. O.

El gran movimiento iniciado por academias, estadistas y pensadores españoles con objeto de estrechar los lazos de aproximación entre la España colonizadora y las Repúblicas por ella formadas en el continente americano, ha despertado en todos los buenos españoles residentes en los pueblos hispano-americanos un anhelo decidido y patriótico de contribuir, según su estado y condición, a hacer luz de los anales de la historia, mil veces confundidos y tergiversados, que a través de los siglos han distanciado a dos pueblos, que por su origen deben tener el mismo ideal, ya que tienen la misma sangre, idioma y tradiciones.

El tiempo va disipando muchos errores; y la corriente de simpatías entre españoles e hispano-americanos se acentúa cada vez más, para un acercamiento fraternal que debemos fomentar, para conseguir la unión espiritual entre los pueblos de la misma raza.

Si en España, los hombres que piensan en el porvenir de la Patria, trabajan sin descanso por esa unión, los que vivimos en América, y que tocamos de cerca esa necesidad, ponemos en la medida de nuestras fuerzas el granito de arena en el gran edificio de la conciliación.

La Colonia española de Costa Rica, comprendiendo que los errores históricos, la falta de crítica y la falsa documentación, formaron en lugar de verdadera historia, una novela sugestiva en perjuicio de España y del carácter de raza, para llevar adelante la reconstitución, nombró la *Junta de Extensión Cultural Española.*

La verdadera historia hay que desarrollarla, y a nadie toca hacerlo más que a los españoles, por honor y por justicia, exponiendo la epopeya de los héroes que trajeron toda la grandeza del pueblo español. Para conseguirlo, la Colonia Española de esta República ha fundado una cátedra de Historia de España, con la aprobación del Gobierno de esta nación, sostenida con fondos de la Colonia, para instruir a la juventud, principalmente en aquellos puntos que tienen relación con el descubrimiento, la conquista y gobierno de las Indias. En el plan entra la exposición de la España contemporánea: su pujante desarrollo, sus industrias, comercio, agricultura y el brillante cuadro

de sus grandes hombres en las ciencias y las letras.

Esta Junta patrocinará conferencias; abrirá concursos entre los estudiantes; importará obras, revistas, y distribuirá a los centros de enseñanza libros que tiendan a estrechar las relaciones intelectuales entre España y Costa Rica.

Grande es la empresa y de largo tiempo; pero contamos con la decisión de buenos españoles que, al nombre de la Patria, saben responder a todos los llamamientos e imponerse los sacrificios necesarios; esto, en cuanto toca a esta República. Mas necesitamos la ayuda de otros elementos primordiales y de prestigio que están lejos de nosotros, que viven en el núcleo de la patria, que tienen en sus manos los documentos de la verdadera historia, ya en estudio, o ya en sus publicaciones, y en el nombre sagrado de España, al que nunca faltaron, les pedimos su ayuda y cooperación para que un día brille con luz esplendente la grandeza del pueblo que pasó el Atlántico para formar otros que son la admiración del mundo. Sí, necesitamos la ayuda de academias, ateneos, centros, uniones, compañías, personalidades, corporaciones, y de todo español, para que nos remitan libros, revistas, periódicos y cuanto tienda a difundir el verdadero espíritu español, tan poco conocido en América.

La *Junta de Extensión Cultural Española* tiene fe en que el resultado será positivo, si como labor nacional toman con empeño, los que pueden, la vindicación histórica.

Esa Junta remitirá la Circular a todas las repúblicas hispano-americanas por medio de los cónsules, para despertar el sentimiento patrio; y si en todas ellas se dan conferencias o se establece la cátedra de historia, bien pronto las relaciones serán más cordiales, más sinceras, en beneficio de estos pueblos hijos de España.

El desprendimiento y el patriotismo pueden levantar el espíritu de raza, proclamando la unión de los pueblos de un mismo origen y cortar, con el tiempo, una desgraciada absorción.

JOSÉ G. LORENTE, Presidente; ANGEL OROZCO, Secretario; CIPRIANO HERRERO VITORIA, Tesorero; FELIPE POZUELO, Vocal; PAULINO BURUAGA, Vocal.

VARIA

POR RAMÓN VINYES

DANZARÍN RUSO

DANZARÍN ruso.

Un sueño de brocados. Un sueño de desnudez.

Danza del opio. Danza del ruiseñor. Danza de la lujuria. Danza de la pureza.

Muerte? Resurrección?

Pareces danzar entre un mundo que termina y un mundo que nace.

Muestras la carne bajo la opulencia de las sedas aladas y de los damascos tersos. Dafnis y Sardanápalo.

Fin? Principio? Riqueza? Desnudez? Grecia? Oriente?

Tus pies casi no tocan el suelo cuando danzas... Es que es muy estrecho el puente que franquea el abismo que se abre entre lo que fué y lo que vendrá?

CASTELAR

DESDE una plaza de Cádiz, la ciudad limitada, recuerdas que tu oratoria no tuvo límites.

Te llamaron ruiseñor.

Se te hubiera levantado un monumento ideal con llenar una plaza de arbustos y grabar en ella tu nombre. Tu figura se hubiera borrado y quedaría lugar propicio para recordar tu canto.

Quisieron perpetuarte en bronce. Y el bronce de tu estatua es vencido por los árboles que colocaron a su lado.

Ruiseñor, ya no anidas en las ramas. Te muestras a la sombra de las ramas!

Es que, tal vez, los gaditanos ceñidos por el mar, no tuvieron fe en que tu canto desbordado fuera perdurable?

GÁRGOLA

CUANDO llueva, se atropellará el agua por las sinuosidades de tu boca de piedra. Sentirás la frescura, pero no apagarás la sed.

El agua correrá eternamente, sin saciarte, por tu retorcido cuello, por tu boca deforme...

Oh! si te fuera posible cuando llueve cerrar la boca un instante para retener el agua que pasa furiosa!

Gárgola, nunca beberás!

Y has de vivir abocada a las callejas sin poder volverte para otear si en el cielo avanza la nube de agua que ha de darte la dicha de un instante y la amargura prolongada.

Gárgola, ha llovido! Después de la lluvia, el alto cielo puro canta su alegría sobre tu piedra estéril, sobre el atroz tormento de tu aridez.

MADRIGAL

NÁCAR. Terciopelo. Nieve. Corales. Amiga nuestra, cómo loarte?

Toca música de Carisimi en vibrante clavecín, añoras el miriñaque y te abanicas con un abanico de largas y rizadas plumas.

Es que para ti, amiga nuestra, deberíamos escribir una loa especialísima, enfática; una loa hecha en la prosa untuosa del Bernardín de Saint-Pierre de las *Harmonies de la Nature;* una loa madrigal con citas eruditas para apoyar la tesis de la superioridad de la Naturaleza sobre Fidias, pues Fidias no llegó sino a esculpir la Venus y la Naturaleza te esculpió a ti; una loa que te permitiera darnos las gracias con una carta de las que sirven para Antologías, escrita bajo esta lámpara de luz discreta y soñadora que te alumbra, y que alumbra el ramo de lilas que hay sobre el clavecín de tu sala.

ANÉCDOTA

Es un match de boxeo.

Uno de los combatientes da al otro un tremendo puñetazo en plena cara. Boca y nariz revientan en sangre.

Un espectador, loco de entusiasmo, grita: «Qué bello puñetazo!»

Cuán múltiple es el concepto de lo bello... Y cuán difícil de definir!

HOMBRE DE MAR

Se destaca sobre un fondo de mástiles húmedos y de mañana crispada. Es alto, fornido, anguloso. Fuma apasionadamente y se envuelve la cara en humo. Su mano nervuda acaricia la pipa con una caricia larga.

El muelle está desierto...

De dónde vino esa mujer que sale al encuentro del marinero y que se le ofrece?

El marinero escucha las palabras friamente cálidas y parece no comprender. Cosas de tierra firme olvidadas dentro de tanto mar!... Indiferente sigue su camino.

Se perdió ya.

Mástiles húmedos y mañana crispada!

Sobre una ola que revienta en el muelle, furiosa, flota aún un poco del abundante humo de la pipa del marinero.

TÓRTOLA VALENCIA

Fué serpiente. Fué nube. Dijo viejos ritos con el ritmo de su cuerpo.

Danzaba la lujuria con una pureza que ningún artista había sabido aprisionar, una pureza especial, única, *su* pureza.

Ya no es serpiente. Ya no es nube, Ya no dice los viejos ritos con el ritmo de su cuerpo.

Su cuerpo no tiene ritmo. Hoy Tórtola Valencia perdió este algo indecible que la diferenciaba de la Tórtola Valencia de los carteles anunciadores y que hacía perdonar que se llamara Tórtola Valencia. Hoy Tórtola Valencia perdió la pureza de su lujuria.

Debe haber ofendido a Shiva, debe haber cometido algún sacrilegio, o debe haber pecado contra algún mandamiento de los que no están mencionados en el Decálogo.

CALLE DE JARDINES

Calle de jardines, de muchos jardines, que tienen muchas flores... Hay tantos, tantos, tantos jazmineros florecidos!...

Silencio en la calle...

Tres distintas notas de agua de tres surtidores... Por qué los surtidores tendrán diferente voz?

Rumor de pasos.

Pasan ocho niñas vestidas de azul turquí con lazos rojos en la cabeza. Pasan, acompañándolas, dos Hermanas vestidas de blanco con toca blanca.

Y nada más...

Muchos, muchos, muchos jazmineros florecidos. Algunas rosas asomadas.

Un reloj de sol marca las tres de la tarde.

DELANTE DEL CUADRO «EL BALCON» DEL PINTOR MARQUES-PUIG.

Le decimos a un amigo:

—Mostrar el encanto secreto de la realidad y hacer del cuadro real una realidad bella y verdadera, he aquí el acierto de la pintura de este pintor novísimo.

Nadie fijará con más verdad esta muchacha que desde el balcón deja caer sus sueños sobre la calle que se ve a través de las frescas ramas de los copudos árboles.

Sueña, la muchacha? Piensa? Reposa? Hace soñar? Hace sentir? Nos reposa?... Una sensibilidad aguda la fijó. *Sentimos* el cuadro.

El amigo nos replica que la muchacha de «El Balcón», más que pintura esencial, es un comentario pictórico a una serie de aspectos de nuestra vida corriente.

Preguntamos al amigo:—A qué se llamará creación? A qué se llama pintura esencial?

El amigo nos contesta:—La pintura no es ni una rebusca del carácter ni una definición de las gracias secretas de la realidad: es una forma lírica que se sirve de las materias colorantes y para la que la realidad no es otra cosa que el polo contacto en virtud del cual se produce el hecho.

Y a qué se llamará lirismo?, preguntamos de nuevo al amigo.

Lirismo es el hacer servir al color para que diga lo que no pueden decir las palabras. Sonreímos. Y replicamos rápidos al amigo que nos habla. La eterna definición que empequeñece y que enturbia. Dirá el color lo que pueden decir las palabras? Y qué pueden decir las palabras? Pueden evocar los «Esponsales de la Virgen» de Rafael? Lograrán hacernos ver los frailes de Zurbarán? Son los frailes una rebusca del carácter? Son los «Esponsales» una definición de las gracias secretas de la realidad? Qué será la realidad? Puede alejarse de ella la pintura? Puede confundirse la realidad creada con la realidad corriente? Hay realidad de vida que ve más allá de la realidad. Y tal es la de esta muchacha de Marqués-Puig, asomada en el balcón, y que el arte hace vivir. Una fotografía nos sorprende; somos nosotros, reales, con realidad cierta, pero sin realidad bella, la realidad de la vida completa, carne y espíritu, inmovilidad y palpitación.

Todo puede ser pintura; todo puede ser música; todo puede ser literatura. La cuestión es encontrar lo que hay en cada una de las artes, y en todas las artes mezcladas, de imperecedero, de vivido; lo que hay de constante, de eterno, en lo que se fije a través de las variaciones accidentales.

«La Muchacha del balcón» no es algo transitorio, no es algo al margen. Es una incorporación al caudal eterno del arte. Es un momento que fué; un momento que es; un momento que será. Es la muchacha nuestra, actualísima, pero vinculada fuertemente con las muchachas del ayer y con las muchachas futuras. Es lo que tiene de eterno lo transitorio... Y puede contarse la fijación del cuadro de Marqués-Puig en el valor total—pese a la diferencia—lo mismo que en el valor total se cuentan los esplendores del Veronés y las magnificencias precisas de Leonardo.

Amigo de las definiciones cerradas, quién de los dos tendrá razón?

EL VERSO DEL MOMENTO

Andamos por una vereda angosta, fatigada de árboles.

Nos viene a la memoria un verso de Henry Jacques que murmuramos:

Sans regarder, surtout, vers le pais d' arrière
où notre vie passé se melange a la nuit.

Es el verso sentimental que nos pide el momento. Traduce una apesadumbrada sensación gris que nos embarga.

Y nosotros no tenemos grande estima por el poeta Henry Jacques.

Qué habrá en él, qué habrá en nosotros, que hace que en este instante su verso sea nuestro verso? Dilata horizontes, se ensancha, abre como con llave justa una puerta de nuestra vida, brilla súbito salido de nuestras tinieblas. Qué les debemos a los poetas a quienes no hemos dado valor y que nos han dejado un verso, y que han sido los cantores de instantes en que, faltos de palabras propias, hemos pedido prestadas sus palabras?

(Caminos. Barranquilla, Colombia).

UNA TRAGEDIA DE SOFOCLES

ANTIGONA

Voy a leer la Antígona, tragedia hermosísima, en la cual Sófocles pintó lo más bello que hay en el alma humana, según la expresión de Duruy: «el espíritu de sacrificio, llevado hasta la inmolación voluntaria, para obedecer a la ley moral.» «Ley, dice el poeta, emana del cielo, cuyo padre es el Olimpo y que jamás será abolida.»

Este espíritu de piedad, llegado hasta el fatalismo, lo encontramos en todas las tragedias de Sófocles y especialmente en la ANTIGONA. No es como Eurípides un despreocupado que se pregunta: «Zeus, y quién es Zeus?... Yo no lo sé sino de oídas.»

Es, por el contrario, un amante respetuoso de los dioses, un apologista de los mitos, un celoso guardián de las tradiciones ancestrales relacionadas con el excelso Olimpo, un defensor acérrimo de la justicia de los crueles hados, que no parece sino que intenta envolver en densas sombras, para hacerla más ignota, la voluntad terrible del «Fulminador», del incontrastable Zeus.

Sin embargo, para Sófocles, cuando el destino hiere a un inocente, es porque ha habido entre sus antecesores un *culpable*. El castigo, dice Grotte, supone la falta, pero la justicia de los dioses es lenta para el individuo, como la de la historia es tardía para los pueblos: la ley de la expiación hereditaria, explica esta aparente injusticia, por la solidaridad de las generaciones. El gran trágico cree en la necesidad de la expiación por el sufrimiento, y en la purificación por el dolor, de igual manera que el fuego purifica el metal eliminando de él todo elemento extraño.

Sófocles ilumina con una luz muy pura la sombría majestad de las antiguas leyendas: porque junto al viejo caduco a quien el destino ha perseguido desde su nacimiento, coloca a la hija tierna y sumisa, que guía piadosamente sus pasos y, viniendo a nuestra tragedia, frente a Creonte que infringe las leyes y costumbres sagradas de los funerales, muestra a ANTIGONA, protestando, en nombre de la conciencia, contra todos los despotismos, ya vengan de la tierra, ya desciendan del cielo de los dioses.

Forma la Antígona, con el Edipo Rey, y el Edipo en *Colona*, una TRILOGÍA admirable y para la mayor inteligencia de la TRAGEDIA que voy a leer, narraré brevísimamente los acontecimientos que se siguen y encadenan desde el Edipo Rey hasta nuestra ANTÍGONA.

Reinaba Edipo en Tebas, feliz y respetado, cuando una terrible peste cae sobre la ciudad, signo evidente de la cólera de los dioses. Los inocentes, pagan por los culpables. Esta es la antigua ley: el pueblo es castigado por las faltas de sus reyes.—Con todo, la desgracia está también para caer sobre el Rey Edipo, pues la noticia de la muerte de su pretendido padre, el rey de Corinto, produce complicaciones que descubren los CRÍMENES INVOLUNTARIOS de Edipo. Entonces éste se arranca los ojos, cambia sus regias vestiduras por los harapos de mendigo y después de andar errante mucho tiempo, llevado de la mano por su hija Antígona, va a morir cerca de Atenas, en el bosque de las EUMÉNIDES. Sus dos hijos, que se disputan el trono, mátanse uno a otro en singular combate y su tío Creonte, nombrado rey, decreta honras fúnebres a ETEOCLES y declara traidor a POLYNICE y prohibe darle sepultura. Antígona se opone a esta prohibición impía y es terriblemente castigada. Esto último constituye el argumento de la ANTIGONA, que es muy sencillo, pero con magníficos adornos, con escenas interesantísimas y con una fuerza dramática inimitable.

Esta tragedia, así como todas las de Sófocles, ha sido publicada en casi todas las lenguas europeas; pero, por desgracia, en castellano sólo tenemos la Electra, del maestro Fernán Pérez de Oliva, bajo el título de la Venganza de Agamenón. EL EDIPO REY, de don Pedro Estala, en Madrid, en 1793, y el Edipo Rey de Martínez de la Rosa, elogiado por el insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo, pero que en realidad no es una traducción, sino más bién una nueva creación. El ensayo de Garbin sobre la Antígona y la Apología de Sócrates, que a mi humilde juicio, aunque su autor afirma ser versiones directas del griego, no son sino traslados de los comentaristas latinos, en quienes cree como en un dogma de fe, sin examinar los textos griegos, ni hacer crítica de ellos—poniendo lo que ellos poseen y criticando lo que ellos omiten.—No sé que existan en castellano más traducciones de los textos de Sófocles. Y esta es precisamente la razón que me impulsó a tomar con entusiasmo mi trabajo, que no hubiera llevado a feliz término, sin el aliento de los venerables y queridos maestros don Antonio Caso y don Ezequiel A. Chávez.

La traducción que voy a leer está hecha palabra por palabra y procurando subsanar las lagunas que existen en algunas ediciones, supliendo con unas lo que falta en otras. La preciosa edición de Capperonier, París, 1781, con escolios en griego, la de Fermín Didot, con comentario latino un poco deficiente y otras ediciones que me fueron

galantemente proporcionadas por la Biblioteca Nacional, son el sustratum de mi traducción.

No quiero adelantar nada. Quiero que ANTIGONA sea juzgada sin que yo haga más comentarios anticipados al juicio de los que me escuchan.

Sólo quiero recordaros que si por los frutos se conoce el árbol y que si de un alma grande brotan obras grandes, no olvidéis, para usar la frase de un escritor, que Sófocles pertenece a la familia de Fidias y de Virgilio, de Rafael y de Racine, los genios de la belleza pura, y que nació en la primavera de la joven humanidad, en la *primavera della gioventú*.

JESÚS GONZÁLEZ MORENO

(*El Heraldo de México*. México, D. F.)

"CONTROL" Y DEUDA

POR ANTONIO ESCOBAR

CUANDO Luis Diez y Seis nombró Ministro de Hacienda al célebre Turgot, éste le propuso un programa, que se resumía en esta fórmula: «Ni bancarrota ni empréstito ni recargo en los impuestos.»

Este programa, para salvar a la vieja monarquía francesa, y que Turgot no pudo realizar más que en parte, es el que conviene a la joven República de Cuba.

Ya, al parecer, ha evitado la bancarrota, gracias a las economías introducidas en los gastos. Cuanto a los impuestos, no necesita recargarlos, en globo, pero sí reformarlos, para que produzcan más, para que pesen más sobre la riqueza acumulada y menos sobre la gente. Y si puede pasarse sin empréstitos extranjeros, tendrá un estado financiero más favorable que el actual y un estado político digno.

Las repúblicas ibero-americanas con deudas superiores a la de Cuba, son: Argentina, 866 y cuarto millones de dólares, números redondos; Brasil, mil y 100 millones; Chile, 228 y cuarto; Honduras, 131 y medio; Uruguay, 164 y cuarto. En algunas de estas naciones, no toda la deuda es exterior y gran parte de ella se ha empleado en cosas reproductivas, mientras que en Cuba, donde la deuda consolidada ascendía el año 20 a 63 y cuarto millones de pesos, números redondos, la exterior es cinco veces mayor que la interior y se gastó, principalmente, en las pagas del ejército revolucionario. Los intereses se exportan a los Estados Unidos, sin que esta sangría esté compesada por beneficio alguno para el país.

Cuba no necesita aumentar su deuda extranjera porque no tiene que abrir canales como el de Panamá ni perforar túneles ferroviarios como los de los Alpes, ni construir represas como la egipcia de Assuán. Sus obras públicas son muchísimo más modestas; y puede irlas ejecutando sin tomar dinero a préstamo o tomándolo en casa, donde lo encontrará el Gobierno en cantidad suficiente, y a precio moderado, si sigue una política financiera juiciosa.

Así se ha hecho ahora en Bulgaria, nación con riquezas naturales inferiores a las de Cuba, pero con una población laboriosa, enérgica y sensata. Aquella nación, hoy gobernada por el partido agrario, que se compone, no de *politicians* depredatorios, sino de terratenientes honrados y que saben de números, ha salido de la guerra con una deuda de dos mil millones de pesos; la que había en 1914, último año de la paz, sólo era de 135 millones.

Ha habido que aplicar un plan de muy severa economía en los gastos públicos, por el cual se ha quedado reducido a 60 pesos mensuales el sueldo de los ministros del rey Boris y a 30 el de los miembros del Parlamento.

Se necesita dinero para reponer el material de los ferrocarriles y para mejorar los cambios; y como no se quiere, ni se puede, acudir a los mercados extranjeros, se ha apelado al pueblo para que suscriba un empréstito nacional, que será emitido por series.

Se han movilizado los Bancos del Estado y los particulares, las cajas postales de ahorros, las sociedades cooperativas—que son allí poderosas—el ministerio de Instrucción Pública y hasta el clero para una campaña de propaganda, a la cual han respondido todas las clases.

Si Cuba, sobre pasarse ahora sin empréstito extranjero, resuelve libertarse lo más rápidamente posible de su deuda exterior, adelantando, para ello, a medida que vayan creciendo los ingresos del Tesoro, los plazos de amortización, procederá cuerdamente. Ahora debe al capitalismo extranjero y esto es peligroso; debe, además, a un gobierno extranjero, el americano; y esto es peligroso y humillante.

El peligro no está en que por ahí pueda venir la anexión a esta república, donde el imperialismo no tiene ya la forma de adquisiciones territoriales, sino el de explotaciones bancarias, como lo demuestran los casos de Haití y de Santo Domingo; así como los casos de Puerto Rico y Filipinas ponen de manifiesto el fracaso de la política anexionista, en vista de que esos dos pueblos, a los veintitantos años de estar bajo la soberanía americana, proclaman su voluntad de ser independientes.

El peligro está en el *control* financiero, que, insidiosamente, se iría extendiendo a otros servicios públicos; y el extranjero, apoderado de ellos, sería, de hecho, el dueño de Cuba. Y la amenaza de ese control subsistirá mientras haya deuda exterior. Cuba puede vivir sin ella, como ha vivido y prosperado hasta el año 4, que fué cuando se hizo el primer empréstito Speyer, de 30 millones 920 mil pesos.

Con una buena gestión de la Hacienda, con un fomento económico más inteligente que el actual, con la orga-

nización del ahorro, el capital se irá acumulando; y cada vez que el Gobierno tenga necesidad de préstamos poco cuantiosos para algo reproductivo o para cubrir un déficit accidental, encontrará dinero dentro del país; donde se quedará el interés de este dinero.

El que se elimine las deudas extranjeras, y con ellas, la posibilidad de que funcionarios americanos controlen los servicios públicos de Cuba, no implica malas relaciones entre las dos repúblicas. Pueden y deben seguir siendo, cuanto a los gobiernos, de amistad y de alianza, como lo han sido durante la guerra mundial.

Y en lo económico conviene una ligazón de intereses más estrecha que la actual, por la modificación del tratado de reciprocidad, para llegar, en plazo no largo, al libre cambio entre los dos países. Pero, «cuanto más amigos, más claros»; y el pueblo americano no llevará a mal si el cubano afirma su voluntad de ser el amo en Cuba.

New York, 1922.

(*El Mundo*, Habana).

PAISAJE

Para María Cristina Dittel

Era una tarde llena de armonías! La barquilla que nos conducía se deslizaba serenamente, sobre la mansa y clara superficie del Estero, hábilmente conducida por dos muchachos de porte franco y decidido. El sol se ocultaba lentamente allá en las lejanías occidentales y cual un inmenso pincel, ponía en la líquida superficie, bellos tonos color de rosa, ya pálidos, ya intensos. A lo lejos, siempre en el poniente, las montañas elevaban sus grandes picos, semejantes a jibas de camellos fantásticos y a los lados, los manglares formaban un tejido verde, simulando una gran sábana de esmeraldas, besada por el oro de esa esplendente tarde crepuscular. Y yo, sentado en la proa de la barquilla, me imaginaba que estaba recorriendo un país encantado y que por un suelo de púrpura, me dirigía hacia la maravillosa lámpara solar, que inundaba con su mortecina luz, la quietud del paisaje: y soñé mucho, mucho... Cuando volví a mirar con los ojos materiales, las inmensas y negras alas de la noche, se extendían rápidamente sobre aquel Estero, que minutos antes, me hizo vivir la vida de un bello cuento de hadas...

Carlos Mª Quesada

Puntarenas, marzo de 1922.

(*Envío del autor*).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica